



ANTONIA WHITE

HELADA EN MAYO

Traducción de Carmen Torres García y Laura Naranjo

Prólogo de Tessa Hadley

IMPEDIMENTA

Nanda se dirigía al Convento de las Cinco Llagas. Iba sentada muy derecha en el asiento resbaladizo de la berlina, con las piernas, que casi rozaban la paja que cubría el suelo, enfundadas en unas polainas bien apretadas, y las manos heladas metidas en un manguito de zarigüeya. Las ventanillas estaban empañadas, lo que atenuaba la luz amarilla reflejada en los rostros de los tres pasajeros que avanzaban entre traqueteos por calles invisibles.

La tercera ocupante, que se había aclarado la garganta varias veces en un vano intento de entablar conversación, no pudo soportar más el silencio y se dirigió al padre de Nanda. Llevaba puesta una boina escocesa de terciopelo desteñida y un abrigo de *tweed* masculino, y Nanda dedujo por el acento que era irlandesa.

—Disculpe, caballero, pero ¿podría decirme si estamos ya cerca de Lippington? —preguntó.

—Me temo que no sabría decirle —contestó el señor Grey con su voz grave y agradable—. Lo único que sé es que aún no

hemos llegado al convento, porque ahí es donde el cochero va a avisarnos a nosotros. El pueblo queda un poco más arriba.

—¿El convento? —exclamó la irlandesa—. ¿Se refiere usted al Convento de las Cinco Llagas?

—El mismo —respondió el padre de Nanda—. Mi pequeña va a ir a la escuela que tienen allí.

A la irlandesa se le iluminó la cara.

—¿Pero qué portento! —exclamó—. ¿Entonces es usted católico, caballero?

—Efectivamente —confirmó el señor Grey.

—¿Pero qué maravilla! ¡Y pensar que los tres pasajeros de este coche somos católicos en un país protestante!

—Yo soy converso —le explicó el señor Grey—. Hace tan solo un año que fui recibido en la Iglesia.

—¡Ay, no me diga! —continuó la irlandesa—. La gracia de Dios no conoce límites. Y tanto que no. ¿Y sabe esta jovencita lo afortunada que es de tener un padre que ha respondido a la llamada de la fe?

Y, diciendo esto, se inclinó hacia delante y acercó la cara a la de Nanda.

—Así que vas adonde las santas monjas de las Cinco Llagas, ¿no, querida? ¡Pero qué jovencita más afortunada! Los santos deben de haber velado tu cuna. No hay religiosas más santas en el mundo entero que las monjas de las Cinco Llagas. Mi prima..., Mary Cassidy..., es una de sus hermanas legas en Armagh. Va a recibir sus últimos votos en febrero... En el día de la Purificación. ¿Sabes cuándo cae eso, querida?

—El 2 de febrero —se aventuró tímidamente Nanda.

La irlandesa alzó la vista, admirada.

—¡Gloria a Dios en el cielo! ¡Habrased visto cosa igual! —exclamó, dirigiéndose al señor Grey—. ¿Me está diciendo que esta jovencita no es católica de pura cepa?

El padre de Nanda pareció complacido.

—No. Se unió el año pasado, con ocho años, pero ha estado recibiendo clases de religión y aprendiendo el catecismo.

—¡Qué maravilla! —se reafirmó la irlandesa—. Pues eso es señal de gracia especial, ya lo creo que sí. A lo mejor su destino es hacer grandes cosas al servicio de Dios, quién sabe. No me extrañaría que luego encontrara la vocación.

—Bueno, todavía es pronto para pensar en eso —dijo el señor Grey con una sonrisa.

Nanda empezó a sentirse un poco incómoda. Había oído hablar mucho de vocaciones y no estaba del todo segura de querer una.

—Dicen que Dios les habla a una edad muy temprana —continuó la irlandesa en tono misterioso—, y que lo oyen mejor debido a la inocencia de sus corazones. Mire san Luis Gonzaga, por poner un ejemplo. Y san Estanislao de Kostka. Y la propia santa Teresa, que habría sido mártir por la gracia divina cuando apenas contaba tres años. ¿Y no sería bonito que le dedicara la vida a Dios como agradecimiento por la gran bendición de su propia conversión, caballero?

A Nanda le iba incomodando cada vez más la conversación. Era hija única y había abrazado la nueva religión con un fervor bastante precoz. Había asimilado el punto de vista católico lo suficiente como para entender lo apropiado que resultaría semejante sacrificio. Pero, aunque en lo más profundo de su ser ya había hecho voto de virginidad perpetua y se había planteado muy en serio consagrar su vida a los leprosos de Molokai, no terminaba de verse con el pelo corto, viviendo en una celda y sin volver a casa. Sintió un gran alivio cuando la berlina se detuvo y el cochero bajó y tocó en la ventanilla.

—Este debe de ser el convento —dijo el señor Grey—. Nosotros nos bajamos aquí. Lippington queda un poco más adelante.

—Que Dios me los bendiga —se despidió la irlandesa—. Adiós, jovencita. Reza una oración todas las mañanas para dar

gracias a Dios y a todos los santos por traerte a la fe verdadera. Y dedícale una oración de vez en cuando a la pobre Bridget Mulligan, que las plegarias de los niños tienen un gran poder con el Altísimo. Voy a rezar un rosario por ti esta misma noche, para que te conviertas en una buena católica y seas un consuelo para tu padre.

Cuando salían del ómnibus, el señor Grey puso algo en la mano de la harapienta mujer.

—¡Que Dios lo bendiga, señor! —les gritó cuando ya se iban—. La santa madre de Dios lo ha puesto hoy en mi camino. Que santa Brígida y todos los santos lo guarden y velen por usted y por su familia.

Una vez que la berlina arrancó bruscamente y se adentró en la niebla, Nanda y su padre aguardaron varios minutos en la puerta del convento hasta que el ventanillo que había detrás de la rejilla subió y bajó en un abrir y cerrar de ojos. Después de un interminable repiqueteo de cadenas y pestillos, la puerta se abrió y la portera, una hermana lega, los invitó a entrar.

—¿Le importaría esperar en la recepción, señor Grey? —preguntó en voz muy queda—. Voy a avisar a la madre Radcliffe.

Mientras esperaban a la madre Radcliffe, Nanda echó un vistazo alrededor. La visión del largo tramo de paredes blanqueadas y del suelo de baldosas rojas alivió sus irritados ojos. Al fondo del pasillo había una estatua de Jesucristo ataviado con una túnica blanca y con un corazón rodeado de espinas en el pecho, a modo de ofrenda. La cabeza ladeada, con la barba y el cabello de un castaño claro, era afeminada y dulce; habían pulido el halo de latón hasta dejarlo reluciente y en él se reflejaba el titilar de la llama que ardía en el interior de la lamparita de cristal situada en el pedestal. Nanda no había visto jamás nada tan limpio y espartano como aquel pasillo. Olía a jabón natural y a cera de abejas, mezclado con una ligera esencia dulzona que reconoció como incienso.

En el exterior de la pequeña portería, en la que un cartel rezaba «No se admiten seculares», había una tarjeta colgada, perforada con una doble fila de agujeros y provista de dos clavijas de las de jugar al *cribbage*. En la parte superior podía leerse «Madre Radcliffe»; la hilera de agujeros de la izquierda estaba encabezada por «Está», y la de la derecha, por «Se la requiere». En el centro había una lista de los posibles lugares donde la madre Radcliffe podría encontrarse o ser requerida, como «en meditación», «en el jardín», «en la escuela», «con las novicias», «en la granja», «en el salón» o «en el recreo». Cuando Nanda se lo señaló a su padre, él se mostró muy complacido por el ingenioso sistema.

—Son monjas industriosas como ninguna —le dijo—. Eso de que están todo el día en las nubes, que son ociosas y que han perdido todo contacto con el mundo real no son más que sandeces. Cada minuto de sus días está ocupado con alguna tarea útil. Con que aprendas una sola cosa de ellas, Nanda, me daré por satisfecho.

—¿Qué cosa, papá?

—A no perder nunca el tiempo, querida.

A pesar de la ingeniosa tarjeta, a la hermana lega le costó Dios y ayuda encontrar a la madre Radcliffe, que al fin apareció doblando la esquina del pasillo. Se les acercó a un paso que Nanda llegaría a conocer al dedillo, aquel caminar tan característico de las monjas de las Cinco Llagas, suave y deslizado, que no llegaba a ser lento, pero tampoco apresurado. Avanzaba sonriente, aunque sin acelerar el paso, con las manos entrelazadas en las mangas negras de su hábito. Su pálido rostro era tan fino que la toca blanca le hacía punta por debajo de la barbilla. Nanda sintió el áspero roce de esta toca en la cara cuando la madre se inclinó para darle un beso.

—De modo que esta es Fernanda —dijo con voz amable—. Me alegro mucho de verte, querida. ¿Te despides ya de tu padre o prefieres ir primero un rato al salón?

Nanda vaciló, pero el señor Grey le echó un vistazo a su reloj.
—¿Qué te parece, Nanda? Es tarde y madre estará esperando. Pero si quieres, me quedo.

—No pasa nada, papá —respondió Nanda mecánicamente.

De repente se sintió sola y asustada. Le embargó una gran nostalgia por las pequeñas habitaciones deslucidas, por los braseros de carbón y por el reconfortante olor a tabaco y a tostadas con mantequilla. Sin embargo, era una de esas niñas que no pueden evitar portarse bien.

—¡Pero qué jovencita más valiente! —dijo la madre Radcliffe en tono aprobatorio.

Su padre le dio un achuchón afectuoso y le metió una brillante moneda de media corona en el manguito.

—Adiós, Nanda. ¿Le digo a madre que te has quedado contenta? Bajaremos el domingo. Son solo cinco días.

—Adiós, papá.

La madre Radcliffe era sutil y pareció intuir que Nanda no quería oír la tachonada puerta principal cerrarse tras su padre, así que la condujo de inmediato por el pasillo de baldosas rojas sin parar de hablar. Al doblar la esquina, detuvo sus pasos ante una puerta de roble e hizo una rápida genuflexión y la señal de la cruz. A Nanda, que iba de la mano de la monja, el gesto le pilló por sorpresa, pero logró improvisar una torpe inclinación. Para evitar soltar la mano de la madre Radcliffe, se las apañó para persignarse con la izquierda, con la esperanza de que la monja no se percatara. Sin embargo, a pesar de que la toca salediza ocultaba su perfil, la madre Radcliffe lo vio todo.

—Vamos, Nanda —le dijo—, así no es como las niñas católicas hacen la señal de la cruz. No es respetuoso, querida.

Nanda sintió que se ruborizaba de vergüenza, pero el siguiente giro del pasillo despertó en ella tanto interés que olvidó su lapso.

—Este es el corredor de la escuela —le explicó la madre Radcliffe—, y estas son algunas de las alumnas. No debes ser tímida; este trimestre hay muchas nuevas como tú.

Al final del pasillo había un gran cuadro al óleo de Jesucristo con sus cinco llagas.

—Mira, ahí está Nuestro Señor dándote la bienvenida —continuó la monja—. Si alguna vez te sientes un poco nostálgica, recuerda que, para un católico, su hogar está allí donde esté el Señor.

En lugar de contestar, Nanda apretó más la mano fría y seca de la madre Radcliffe. Pensar en la religión era una dicha secreta y deliciosa, pero hablar sobre ella aún le hacía sentir incómoda y cohibida. Era una conversa demasiado reciente.

Para su alivio, una puerta se abrió de par en par y una niña pelirroja con una blusa azul la franqueó a la carrera. Al ver a la monja, se detuvo en seco e hizo una suerte de reverencia.

—Espacio, Joyce —la reprendió la madre Radcliffe con una sonrisa—. Creía que este trimestre teníais clases de compostura.

—Lo siento, madre —respondió Joyce con brusquedad.

A Nanda le gustó. Tenía pecas y una sonrisa agradable que dejaba al descubierto unos dientes muy blancos. Al ser dos años mayor, la niña apenas si reparó en ella y se limitó a echarle un vistazo distraído.

Se abrieron más puertas y niñas de todas las edades y complejiones salieron en tropel. Casi todas llevaban la blusa de rayas y la falda oscura del uniforme, aunque de vez en cuando se veía un vestido de terciopelo, una cadena de oro o una cabeza repleta de moñas que revelaban a las recién llegadas. Nanda dio gracias por que su propia ropa fuera lo suficientemente discreta como para no llamar la atención. Las niñas mayores le causaron una profunda impresión, pues parecían muy adultas con sus enormes moños y sus horquillas a un lado. Se preguntó si alguna vez se atrevería a hablarles a semejantes criaturas majestuosas. Hasta

las de catorce años parecían tener al menos veinte, ataviadas como iban con sus faldas largas y con sus cinturitas de avispa marcadas por cinturones de piel. La madre Radcliffe recibió reverencias por todo el pasillo. La mayoría no eran más que inclinaciones rápidas y someras, pero otras eran profundas, lentas y dignas de ver. Nanda pensó que debían de ser muy difíciles de ejecutar y suspiró ante su propia ignorancia abismal.

Una campana empezó a tañer y más niñas salieron por unas puertas acristaladas. Dos gráciles criaturas de piel oscura y aretes de oro en las orejas pasaron junto a ella hablando en español a voz en grito.

Entonces, la madre Radcliffe paró a una niña alta con una trenza que le llegaba a la cintura y un ancho lazo azul cruzado en el generoso pecho.

—Madeleine —dijo la monja—. Esta niña es nueva, Fernanda Grey. ¿La podrías acompañar arriba, a la Escuela Primaria?

—Sí, madre —respondió Madeleine con gentileza, e hizo una reverencia lenta y admirable con la larga espalda erecta.

La monja asintió con la cabeza.

—Te veo por la mañana, Nanda. Si necesitas algo, puedes venir a mi despacho, es en el que pone «Maestra de Disciplina».

Nanda probó a hacer una reverencia que no salió del todo bien y que, bajo la fría mirada azul de Madeleine, pareció aún más desmañada.

—¿Has estado ya en Nuestra Señora del Perpetuo Socorro? —le preguntó en tono arrogante la nueva guía en cuanto la madre Radcliffe les dio la espalda.

—No creo —contestó Nanda, apabullada.

—Bueno, si no estás segura, mejor que vengas conmigo —resolvió Madeleine, aburrida pero resignada.

Y, así, abrió la puerta de una gran sala llena de niñas alborotadas y parlanchinas que se estaban poniendo los uniformes.

Una abrumada monja irlandesa se abalanzó sobre Nanda y, tras examinarla con mirada miope, le preguntó con cierta ansiedad:

—¿Tú eres Nora Wiggin?

—No, soy Fernanda Grey.

—Tú eres la número treinta y seis, ¿verdad, querida?

—Sí, madre.

—Para ti no hay uniforme. Tendrás que llevar tu ropa de calle unos cuantos días. ¿Qué le habrá pasado a Nora Wiggin? Tenía que haber llegado a las seis. Espero que no se haya perdido en la niebla. Mejor deja tu sombrero y tu abrigo en esa silla, Fernanda. Bien puestos, así me gusta. Y engánchales un papel con tu número.

—Sí, madre —respondió Nanda mientras llevaba a cabo estas instrucciones.

—Así me gusta. Ahora sube adonde la madre Frances, anda.

—Íbamos de camino, madre —intervino la recta Madeleine.

Mientras Nanda subía al trote la escalera de piedra detrás de Madeleine, aventuró un comentario:

—No he visto a Nuestra Señora del Perpetuo Socorro.

—Nuestra Señora del Perpetuo Socorro es el nombre de la sala en la que acabamos de estar. Todas las salas de Lippington llevan el nombre de un santo. ¿No lo sabías o qué? —respondió Madeleine.

Al principio, este sistema le resultó muy confuso, pero pronto se acostumbró. A finales de esa semana, entendía perfectamente la situación cuando alguien decía: «Iba corriendo a Santa María Magdalena sin los guantes cuando la madre Prisca salió de San Pedro Claver y me pilló».

Ahora le faltaba el aliento para hacer más preguntas. La escalera de piedra continuaba, tramo tras tramo, y las largas piernas de Madeleine subían sin tregua. A Nanda le dolían las suyas, cortitas, como si alguien le hubiera echado un nudo en cada corva, pero no se atrevía a pedirle a la regía Madeleine

que aminorara el paso. Cuando llegaron a una puerta iluminada en la última planta del edificio, Nanda tenía la cara carmesí y era incapaz de dar un solo paso más.

—Aquí le traigo a una niña nueva, madre Frances —anunció Madeleine, al tiempo que empujaba a Nanda para que bajara los tres escalones que daban a una gran aula y se acercara a una monja alta y muy guapa. La rodeaba un grupo de niñas de la edad de Nanda y todas le dedicaron la más hostil de las miradas.

—Te estábamos esperando —dijo la madre Frances.

Después de haber conocido ya a varias monjas en sus idas y venidas, Nanda empezó a preguntarse cómo se las iba a apañar para distinguirlas. Con sus hábitos negros y sus blancas tocas plisadas, todas parecían idénticas a sus ojos inexpertos. Sin embargo, al fijarse en la madre Frances, pensó: «Seguro que *ella* no se me olvida». La monja le dedicó una sonrisa a la vez dulce e irónica. Su cara, enmarcada en el triángulo ceñido de la toca, era blanca y transparente como una flor de invierno, y sus ojos, rasgados y chispeantes, con pestañas negrísimas, eran casi del color de las campanillas. No obstante, incluso a Nanda le pareció que toda aquella belleza estaba tocada por la escarcha. La madre Frances lucía un aspecto demasiado excepcional, demasiado exquisito para ser de este mundo. Lo primero que le vino a la cabeza mientras la monja le dedicaba aquella mirada larga y burlona fue: «Se parece a la Reina de las Nieves», y luego: «Nunca me sentiré cómoda con ella». El alma se le cayó a los pies ante aquellos ojos tan espectaculares. Se sentía insignificante, acalorada, nostálgica y vulgar.

La madre Frances le puso una fría mano en la sonrojada mejilla y le remetió un mechón de pelo detrás de la oreja.

—Conoces a Marjorie Appleyard, ¿verdad? —le preguntó con una voz dulce e irónica, como su sonrisa.

Marjorie sonrió con amabilidad distante al oír que la madre Frances mencionaba su nombre. Se trataba de una niña bonita

con cara de porcelana que vivía cerca de los Grey en Earl's Court y a la que Nanda, en su fuero interno, consideraba una auténtica pesada. Pero el hecho de que llevara ya un curso en Lippington la hacía digna de respeto. Nanda se percató de que el azul marino de su uniforme quedaba mitigado por un lazo rosa que lucía como el azul de Madeleine.

—Debes seguir los pasos de Marjorie —le dijo la monja—. Ella se ganó su lazo rosa en el primer trimestre y no lo ha perdido desde entonces.

El tono de la madre Frances implicaba que había algo meritório pero ligeramente ridículo en el hecho de poseer un lazo rosa.

—¿Y por qué te dan un lazo rosa? —quiso saber otra niña nueva, una extranjera bajita y serena con un vestido de tartán.

—Es una recompensa, Louise —le respondió la madre Frances—. Una recompensa por ser buena hasta casi lo indecible durante ocho semanas seguidas.

A algunas de las niñas les entró una risilla nerviosa. La madre Frances dio un repaso al grupo con su mirada burlona.

—Tendré que encontrar a alguien que se ocupe de Nanda durante los próximos días hasta que se instale —observó—. ¿Quién quiere encargarse de Nanda Grey?

Un coro de voces entonó: «Yo, madre, por favor». Una o dos niñas incluso alzaron la mano. La madre Frances las escudriñó con desdén y las manos se desplomaron.

—En Lippington no alzamos la mano —explicó con frialdad—. Esto no es un instituto cualquiera.

Entonces se abalanzó sobre una chiquilla cetrina y muy poquita cosa que no se había ofrecido voluntaria para la tarea.

—¡Vaya, Mildred, qué maravillosa oportunidad se te ha presentado! —exclamó con su tono más dulce—. ¡Y qué gran oportunidad para Nanda! Tú eres la mayor de la Escuela Primaria y llevas aquí más tiempo que nadie.

—Sí, madre —admitió Mildred, que se retorció, incómoda.

—Ese no es muy buen ejemplo para Nanda, ¿no te parece? Quiero enseñarle muchas cosas, pero lo que no quiero enseñarle es a retorcerse de vergüenza cuando se le hable. Nanda va a pensar que esta es la escuela donde empezó a enseñarse el contoneo, el retorcimiento y la tintura al voleo.

—¡Ay, madre Frances! —se lamentó Mildred, mientras las demás, incluida Nanda, se reían.

—¿Sabes de dónde es eso? —le preguntó la madre Frances a Nanda de improviso.

—De *Alicia en el País de las Maravillas* —respondió Nanda con la misma inmediatez.

—Muy bien.

Era el primer triunfo de Nanda, pero la madre Frances empañó su momento de gloria con su siguiente comentario:

—Ya veréis que Nanda es una niña muy leída. Es hija única y tiene un padre muy listo. Vosotras no dais latín todavía, pero Nanda va a hacer un ejercicio de latín todos los días y se lo va a mandar a su padre. De modo que, si no entendemos algo en misa, tendremos que pedirle a Nanda que nos lo traduzca.

La pobre Nanda aborrecía el latín, que llevaba hostigándola desde los siete años. Su padre creía firmemente en la importancia de una educación clásica y el único pero que le había puesto a Lippington era que no se enseñaba griego. Nanda se sonrojó por la excentricidad de su padre y sintió la poderosa tentación de salir corriendo y alejarse del grupo de niñas sonrientes cuyos padres no insistían en enseñarles lenguas muertas.

Pero la madre Frances aún no había terminado con ella. Había dejado su pulla más cruel para el final.

—Mildred, tendrás que levantarte muy temprano si no queremos que Nanda llegue tarde a misa. Verás, su padre quiere que se dé un baño frío todas las mañanas, así que tendrá que levantarse un cuarto de hora antes que las demás.

Aquello causó más sensación incluso que los ejercicios de latín. Nanda sintió que la habían encasillado de por vida. Jamás de los jamases se libraría de aquel sambenito. Pero la madre Frances, como experta torturadora que era, supo cuándo parar.

—Tu pupitre es el último de allí a la derecha —le dijo con su tono más dulce, y le dedicó una sonrisa cómplice que sugería una especie de sutil broma compartida—. Justo debajo del ángel rosa.

Nanda aceptó de buen grado que le diera permiso para retirarse. Su pupitre era el último de una larga fila, lejos de la tarima de la maestra. Entre las filas había una estatua de la Virgen, arropada a cada lado por ángeles con las alas plegadas y los cinchos al viento. Nanda se sintió privilegiada de sentarse justo al lado de tan santa compañía. Su pupitre estaba vacío salvo por una estampita del Sagrado Corazón pegada al interior de la tapa y un cuadrado de encaje negro cuyo uso no acertaba a adivinar. Lo examinó con detenimiento, preguntándose si por casualidad pertenecería a otra niña, pero su número estaba primorosamente cosido al dobladillo con caracteres de Cash's. Aún estaba embelesada ante este descubrimiento y ante la exquisita caligrafía en redondilla de la ficha con su nombre cuando, en las distantes profundidades del edificio, una campana empezó a tañer.

Cuando alzó la vista, se encontró con Mildred, a quien ya había empezado a coger cierta manía, pegada al codo.

—Cierra el pupitre —le ordenó—. Cuando la campana toca, debes dejar lo que estés haciendo. Esa es para la cena. Ponte en la fila, rápido.

Las demás niñas habían dejado de hablar y ya estaban en la fila. Mildred la empujó hasta un sitio vacío y le dio un pellizco para que se pusiera recta. La madre Frances, que portaba un pequeño objeto de madera semejante a un libro diminuto, inspeccionó a la tropa como un oficial aburrido pero eficiente.

El librito de madera se cerró de un fuerte chasquido y la fila empezó a moverse. La Escuela Primaria bajó los tramos de escaleras de piedra y adelantó a otras filas de niñas mayores al unísono, como un regimiento compacto. En el refectorio, el regimiento rompió filas. Cada mesa recibió a una o dos de sus miembros, y el espacio restante lo ocuparon niñas mayores. Todas las mesas contaban con una delegada y una subdelegada de los cursos superiores, cuyas funciones consistían en trinchar, mantener el orden y procurar que las de primaria se comieran hasta el último pegote de odiosa pringue. Las largas filas se extendían de un extremo al otro del amplio refectorio: ciento veinte niñas esperaban, de pie detrás de sus correspondientes sillas, la señal para la bendición de la mesa. Nanda se sentó, distraída, pero volvió a levantarse, completamente abochornada, tras recibir un pellizco de la horrorizada Mildred. Una niña alta de una de las mesas centrales murmuró: «Bendícenos, Señor, y bendice estos alimentos que por tu bondad vamos a tomar. Por Jesucristo Nuestro Señor», y la escuela al completo respondió con un sonoro «Amén». Acto seguido, se oyó el tintineo de una campanilla y las niñas retiraron sus sillas con gran estrépito y se sentaron. Se alzaron unas cuantas voces, pero fueron acalladas de inmediato. Finalmente, sonó la campanilla para «hablar» y se desató la algarabía. Nanda estaba demasiado apabullada como para pronunciar palabra. Intentaba asimilar los detalles del gran comedor alargado con sus paredes de un azul pavo real, la tarima, el atril de lectura y la variedad de cuadros. «Nunca me habría imaginado que hubiera tantos cuadros de santos en el mundo», pensó para sus adentros. Cada una de las estancias a las que había entrado desde su llegada al Convento de las Cinco Llagas contaba con su propio cuadro o su propia estatua. El refectorio estaba particularmente bien provisto. Uno de los testers estaba ocupado casi al completo por una gigantesca reproducción de la Asunción de Murillo. Sobre el atril de lectura había un cuadro

del Niño Jesús, vestido de blanco y amarillo (los colores papales, como Nanda recordó con orgullo), en una colina iluminada por el sol. El Niño tenía los brazos abiertos, lo que proyectaba una sombra a su espalda que se asemejaba a una enorme cruz negra, y en el paisaje del fondo se distinguía un manzano en plena floración, con una serpiente enroscada en el tronco.

Por último, en una repisa situada en la tarima había una estatua de un joven con una sobrepelliz blanca plisada mirando un crucifijo. Al principio, Nanda lo tomó por san Luis Gonzaga, pero más tarde descubrió que era san Estanislao de Kostka.

La cena consistió en carne estofada con arroz, col encharcada en vinagre y té endulzado, que ya venía mezclado con leche en enormes termos de metal blancos. Nanda no tenía hambre; la combinación de platos le daba náuseas, pero la delegada de su mesa, la irreprochable Madeleine, era inflexible. No le perdonó ni la col, aunque la subdelegada, una simpática niña irlandesa, le pidió un poco de manga ancha con la recién llegada en su primera noche.

—Debes aprender a hacer cosas que no te gustan —le reprochó Madeleine—. Nunca es demasiado pronto para empezar.

Y no escatimó en detalles acerca de las horribles consecuencias, temporales y eternas, que podían derivarse de la autoindulgencia de Nanda en lo relativo a la comida.

—Si cedes terreno ante cosas pequeñas, acabarás cediendo en las grandes. A lo mejor cuando seas adulta tienes que enfrentarte a una gran tentación... La tentación de cometer un pecado *mortal*. Si has aprendido a controlarte en las pequeñas cosas, ya te habrás acostumbrado a decir que no al demonio. El demonio es cobarde, ya lo sabes. Si le dices que no la primera vez, por lo general le da demasiado miedo volver a intentarlo.

Sin embargo, la consecuencia más inmediata de su negativa a comerse la col parecía ser que, si se descuidaba, podía perder su «exención».

—¿Qué es una exención? —preguntó, confundida.

Pero nadie se tomó la molestia de iluminarla. Tan solo le dijeron: «Ya lo verás el sábado por la noche».

Las demás tenían tantas cosas más interesantes de las que hablar que Nanda se conformó con escuchar su parloteo, fascinada. Con todo, captó la vaga idea de que existían cosas como las casas de campo, los cotos de caza y las niñas con caballos propios. Había leído acerca de semejantes maravillas en los *Libros para los niños* de Stead, formada por ejemplares de a dos peniques en papel de color rosa, de los que ya poseía una colección considerable. Ahora tenía la impresión de estar sentada a la mismísima mesa que las moradoras de ese mundo deslumbrante. Hilary, la guapa subdelegada irlandesa, estaba hablando de las fiestas en casa y del aburrimiento del verano, cuando no había nada que hacer salvo jugar al tenis.

—Y pensar que la temporada de cría empieza dentro de dos semanas y yo estaré confinada en este triste lugar —dijo, dando un suspiro.

Hasta Madeleine le dedicó una sonrisa compasiva, aunque enseguida cayó en la cuenta de su misión moral y le recordó a la subdelegada su deber de «lealtad».

—Papi me ha prometido un caballo de caza en Navidad si consigo mi lazo azul para la próxima Inmaculada Concepción —continuó Hilary, que tenía los hombros caídos, la cintura estrecha y una cabecita bien proporcionada. Era fácil imaginársela con su ropa de montar, sentada muy derecha sobre ese caballo.

—¿Alguna vez piensas en algo que no sean los caballos? —le preguntó Madeleine con una sonrisa.

—Son lo único en lo que merece la pena pensar.

—¡Hilary! —exclamó escandalizada Madeleine.

—Ay, me refería a que son mejores que los humanos —musitó Hilary arrastrando las palabras.

Había algo en su voz y en la forma de decirlo que a Nanda le recordó a la madre Frances.

—¡Hilary! —insistió Madeleine, aún más escandalizada.

Pero Hilary se encontraba ya enfrascada en una discusión técnica con otra experta. Nanda habría dado lo que fuera por haber sido capaz de meter baza para demostrar lo mucho que le apasionaba aquella gloriosa conversación. Sin embargo, aunque era intuitiva, no se sentía en absoluto en su terreno, y sabía que aquel era un tema sagrado en el que una metedura de pata podía costarle que le colgaran el cartel de novata de por vida. De modo que se limitó a escuchar, con los ojos como platos, deseando con todas sus fuerzas ser capaz de diferenciar a un picazo de un pinto, y preguntándose de qué color sería un ruano rojizo. Nadie podía superarla cuando se trataba de distinguir entre columnas jónicas y corintias. El señor Grey le había enseñado a diferenciarlas en su primera visita al Museo Británico, a los cinco años. ¡Cómo deseaba que le hubiera enseñado también a distinguir un castaño de un alazán, o incluso solo eso!

La benevolente Hilary se percató del embelesamiento de Nanda.

—¿Te gustan los caballos?

—Sí, mucho —susurró Nanda.

—Supongo que tienes uno, ¿no?

—Bueno, to-todavía no —tuvo la entereza de tartamudear—. No uno *mío*. Pero a veces me dejan montar uno viejo blanco...

—Con blanco... te refieres a gris, ¿no? —la corrigió Hilary, y se giró hacia la infalible Margaret.

Nanda se sintió abatida, pero debía admitir que le estaba bien empleado. No tenía la culpa de no saber que solo se denominaba «blancos» a los caballos árabes y a los del circo, pero se lo merecía por haber mencionado siquiera a ese caballo, pues no era más que uno muy viejo, gordo y jadeante que el rector

le prestaba a veces al señor Grey para que le rozara el pedazo de césped donde jugaba al cróquet y al que no habían ensillado desde que lo habían parido. Nanda se sorprendería de vez en cuando soltando pequeñas exageraciones de este tipo durante los años que pasó en Lippington. No se trataba de esnobismo, ni siquiera del deseo de darse aires; lo que la hacía dulcificar y magnificar los rasgos de su vida familiar casi siempre era aquel deseo agonizante de ser como las demás, tan propio de las niñas de internado. Parecía ridículo tener una simple criada cuando todo el mundo tenía un mayordomo, de modo que se acostumbró a referirse con refinada indiferencia a «nuestro mayordomo». Además, la casita de Sussex fue creciendo paulatinamente hasta convertirse en «nuestra casa de campo», aunque procuraba aludir a ella lo menos posible.

Madeleine dejó que la conversación sobre la caza se prolongara unos minutos antes de reconducirla a temas más edificantes. Uno de los deberes de una delegada, como había hecho constar la fundadora en los Estatutos de la Escuela, era evitar que la conversación deviniera demasiado enfática, demasiado mundana o demasiado restringida a determinadas integrantes de la mesa.

—Las vacaciones de invierno están muy bien, claro, por la Navidad y todo eso —anunció—, pero las largas vacaciones de verano tienen un no sé qué muy especial. Nos dan la oportunidad de conocer a nuestros padres, de proporcionarles el placer de nuestra compañía.

Nanda no pudo evitar preguntarse si los padres de Madeleine realmente disfrutarían del placer de su compañía. Había algo en su impecabilidad que le recordaba a ciertas heroínas sobre las que había leído los domingos por la tarde en sus días de protestante.

—Además, también hay unos días de fiesta espléndidos —continuó Madeleine—. El primero de todos es la Asunción, por supuesto. ¡Qué día más bonito pasamos! El padre Whitby vino desde Stonyhurst y celebró la misa en nuestra capillita. Y

mi hermana menor, Philomena, hizo su primera comunión. Solo tiene ocho años, pero el padre Whitby dijo que ya estaba preparada para recibir al Señor.

Madeleine mantuvo a Nanda en su campo de visión con el rabillo del ojo durante este discurso para asegurarse de que lo escuchaba. Las niñas sentadas a la mesa empezaron a murmurar, llenas de admiración.

—¡Ocho, vaya, qué pequeña! —exclamó Hilary—. Algunas de las de la Escuela Secundaria todavía no la han hecho, y tienen ya once o doce.

—Creo que al papa actual le gusta que los niños hagan la primera comunión pronto —puntualizó una niña que aún no había hablado—. No me extrañaría que la edad para hacerla bajara oficialmente.

—Bueno, a lo mejor Su Santidad te manda llamar y te invita a una audiencia privada para avisarte cuando lo haga —respondió Madeleine con todo su sarcasmo—. A nosotras no nos compete adivinar lo que hará o dejará de hacer Su Santidad —añadió, volviendo a su tono normal.

La campanilla sonó para la bendición. Madeleine se las apañó para asegurar el correcto comportamiento de toda la mesa a la vez que se persignaba con la máxima reverencia y propiedad.

Las niñas fueron saliendo en fila, sección por sección, y las de la Escuela Primaria fueron las últimas.

La madre Frances las aguardaba en el pasillo.

—Como es la primera noche y estáis cansadas —dijo—, hoy no habrá recreo vespertino. Rezaréis vuestras oraciones y os iréis directas a la cama.

Se oyeron unas cuantas protestas de «¡Ay, por favor, madre!», pero una mirada de la madre Frances las acalló en el acto.

—Subid deprisa y en silencio a coger vuestros velos —las conminó—, que luego iremos a rezar nuestras oraciones de la noche en la capilla del Sagrado Corazón.

Nanda se alegró de descubrir el uso del cuadrado de encaje negro que había encontrado en su pupitre. Siguió el ejemplo de las demás y se lo echó por la cabeza. En otro rincón encontró un par de guantes de hilo de Escocia azul marino y, así enguantada y tocada, desfiló con las demás por el pasillo de baldosas rojas que había recorrido con la madre Radcliffe y franqueó la puerta tachonada frente a la cual había caído en desgracia al hacer la señal de la cruz con la mano izquierda.

Las niñas se apelotonaron en la pequeña antecapilla del Sagrado Corazón. Veían las lámparas rojas del sagrario en el altar mayor a través de una celosía de hierro. Tras el tabernáculo vacío con su portezuela de madreperla se erigía una enorme talla de piedra blanca de Jesucristo en el acto de revelar su Sagrado Corazón a santa Margarita María Alacoque. A Nanda le gustó aquella capilla; era un descanso para la vista después del resplandor y el calor del refectorio azul pavo real. También le gustó la ligera fragancia a crisantemo e incienso que se colaba por la celosía procedente del altar mayor, y el recién descubierto olor a cera de abeja que emanaban los banquitos de color claro.

—Marjorie dirá las oraciones —propuso la madre Frances en voz baja—. Creo que esta noche las susurraremos, por si la reverenda madre se encuentra en la gran capilla.

Las oraciones adquirieron un nuevo sonido, más íntimo, al ser recitadas de ese modo, en susurros sibilantes. Nanda, arrodillada muy derecha en su banco y con las manos enguantadas entrelazadas en el reclinatorio que tenía delante, sintió que la sobrecogía una oleada de piedad.

«Querido Señor —rezó para sí con fervor—, gracias por permitirme venir aquí. Con tu ayuda, intentaré que me guste. Ayúdame a ser buena y a convertirme en una buena católica como las demás.»

Marjorie estaba musitando la letanía de Loreto.

—*Turris Eburnea* —murmuró.

—*Ora pro nobis*—susurraron veinte voces.

—*Turris Davidica.*

—*Domus Aurea.*

—*Foederis Arca.*

—*Janua Coeli.*

Nanda trató de ponerles cada vez más énfasis a sus «*ora pro nobis*» y le sobrevino un sentimiento a medio camino entre el amor por la Virgen y un deleite en la belleza de las palabras, pronunciadas no con el inflexible acento inglés de su padre, sino con una musicalidad italiana.

Fue incapaz de unirse aún a las demás en la última oración que las niñas susurraron al unísono, aunque esta pronto se convertiría en una plegaria tan familiar para ella como el mismísimo avemaría.

—Bajo tu amparo nos acogemos, santa madre de Dios—empezó Marjorie, y las demás se le sumaron—. No desoigas nuestras súplicas y nuestras necesidades, y líbranos siempre de todo mal, oh, Virgen gloriosa y bendita.

A Nanda le habría gustado quedarse para siempre en aquella tranquila capilla, pero entonces se oyó el metódico clic de la «señal» de la madre Frances. Ya estaba aprendiendo a obedecer. Se puso en pie de inmediato y, tras una genuflexión hacia el altar mayor, siguió a las demás hacia la salida.

La Escuela Primaria dormía en el dormitorio Nazaret, en la planta más alta de la casa, un piso por encima de donde daban clase. Nanda, cuyo conocimiento de los dormitorios en las residencias derivaba de los libros, en los que siempre parecían terroríficamente desolados y comunales, sintió un gran alivio al comprobar que cada niña tenía un diminuto cubículo para dormir delimitado por una cortina blanca. Cuando las cortinas estaban corridas, había el espacio justo para estar de pie o arrodillada junto a la cama. Mildred le mostró el uso de la silla solitaria, que no era para sentarse, sino para dejarla ropa por la

noche. La silla, con la ropa cuidadosamente doblada según unas instrucciones precisas, debía colocarse fuera del cubículo. Si quería beber, debía colocar el vaso también en la silla, y una niña a la que se le había asignado especialmente esta tarea se lo llenaría de agua. Las medias solían colgarse en el respaldo de la silla, pero Nanda descubrió que, entre las niñas más pías, se llevaba colocarlas encima del resto de la ropa en forma de cruz.

La posesión de espejos estaba prohibida. En su lugar, cada cubículo contenía un cuadrado de porcelana blanca de la Inmaculada Concepción y de las Cinco Llagas y una pequeña insignia roja de franela del Sagrado Corazón. Nanda supo más tarde que estos podían complementarse con cuadros privados de santos o con fotos de familiares muy allegados.

—Te desnudas dentro —le susurró Mildred—, pero te pones el camisón y sales fuera para peinarte.

Cuando Nanda volvió a aparecer con el cepillo en la mano, Mildred estaba ya recogiendo su propia cabellera negra y lisa en una trenza tensa y perfecta.

—¿No te vas a hacer una trenza? —le preguntó Mildred con tono severo entre dientes, pues estaba sujetando las cintas con los labios.

A Nanda no le habían trenzado el pelo en la vida, pero no se atrevió a admitirlo.

—No sé cómo hacerlo —contestó tímidamente.

—Bebé —le soltó Mildred con desdén—. Esta noche te la hago yo. Date la vuelta.

Nanda se dejó hacer mientras Mildred le recogía el pelo hacia atrás y se lo retorció en una cuerda agónicamente tirante. Los eficientes dedos huesudos la apretaron aún más, hasta que Nanda sintió que se le iban a saltar los ojos.

Entonces sonó una campanilla.

—¡Métete en la cama, rápido! —susurró Mildred, y Nanda obedeció, agradecida.

La campanilla volvió a sonar. Se oyó una zapatista de niñas que se metían en la cama a toda prisa y un fragor de cortinas que se corrían. Entonces, una voz que no era la de la madre Frances, sino una que sonaba a anciana con acento extranjero, dijo:

—Preciosa sangre de Nuestro Señor Jesucristo.

Y veinte voces estridentes contestaron, desde sus respectivos cubículos:

—Lava mis pecados.

Siguió un silencio sepulcral.

Alguien bajó el gas de la lámpara al mínimo. Nanda, acurrucada en su almohada, contempló la enorme figura de una monja tocada que avanzaba por el techo. Al cabo de unos minutos, la sombra pasó cerca de su cubículo, se detuvo y se desvaneció. Las cortinas se abrieron y una monja con gafas oscuras entró y le tendió algo.

—¿Y bien, hija mía? —dijo la monja tras una pausa. Seguía con el misterioso objeto tendido hacia ella—. ¿Eres nueva, quizá? —le preguntó.

—Sí, madre —susurró Nanda.

—Esto es agua bendita, mi querida niña.

Nanda sacó dos dedos, los mojó en la esponja del cuenquito y se persignó.

—Ahora a dormir —añadió la monja con dulzura—. Por casualidad no estarías llorando cuando he entrado, ¿verdad?

—No, madre —respondió Nanda sin dudar.

—Así me gusta. Es que estabas tumbada de un modo muy extraño. ¿Tu madre nunca te ha dicho en casa que te acuestes bocarriba?

—No, madre.

—Pues sería más apropiado que lo hicieras.

Nanda deshizo la cómoda bola que había formado al acurrucarse, apoyó la espalda en el colchón y se armó de valor para bajar los pies por las frías sábanas.

—Eso está mejor —añadió amablemente la monja—. Y ahora las manos.

Entonces le cogió las manos y se las cruzó encima del pecho.

—Ahora, *ma petite*, si nuestro querido Señor te llamara a su lado en mitad de la noche, estarías preparada para su encuentro como buena católica. Buenas noches, pequeña, y recuerda que el sagrado nombre de Jesús debe ser la última palabra que salga de tus labios.

Y con esto, salió en silencio del cubículo.

Nanda retuvo su nueva postura rígida durante unos minutos.

«Así no me voy a dormir en la vida», pensó desconsolada mientras oía que el reloj de la calle daba las ocho. No obstante, incluso mientras lo pensaba, los párpados empezaron a pesarle y las manos a descruzarse. Recordó justo a tiempo susurrar «Jesús» antes de quedarse profundamente dormida.